

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

Separata del libro:

“LA IGLESIA Y SU MISTERIO”

NOTA.- Podría existir algún salto en la numeración por la eliminación de páginas en blanco en esta edición electrónica.

Con licencia del arzobispado de Madrid

© 1991 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S.L.

I.S.B.N.: 84-86724-01-5

Depósito Legal: M. 38.253-1991

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID – 28006

ROMA – 00149

C/. Velázquez, 88

Via Vigna due Torri, 90

Tel. 91. 435 41 45

Tel. 06.551 46 44

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

FECUNDIDAD DE LA VIRGINIDAD

La verdadera virginidad es la adhesión del alma al Sumo Bien, el apartamiento de todo lo que no sea Él y, por lo tanto, la tendencia eficaz a vivir del Infinito. Por eso hemos de tender a la Virginidad trascendente, para llenar el fin para el cual fuimos creados, adhiriéndonos a Dios, que es la Suma Perfección, y que, por infinitud de su misma virginidad o adhesión a su perfección eterna, rompe en fecundidad.

La Virginidad infinita es la adhesión del Sumo Bien a sí mismo, en tal apartamiento de todo lo que no sea Él, que, en su Trinidad, tiene saciada toda su capacidad eterna de perfección.

Dios, por serse la Virginidad increada, no puede estar adherido más que a sí mismo por plenitud y perfección de su ser. Y, por su misma plenitud infinita, rompe en una buena Palabra, tan como Él, que es todo lo que Él es. Y por eso está abrazado infinitamente a su Verbo en

un amor tan perfecto que es toda su realidad eterna en Amor personal. Siendo Dios Trinidad tan adherida en virginidad a sí, que, a pesar de ser tres divinas Personas, es un solo Dios en una sola perfección, en la cual y a la cual los Tres están tan adheridos, que se identifican con ella; siendo los Tres unos para los otros y unos en los otros en la unidad eterna de su ser.

Dios, a pesar de ser tres Personas y no poder estar adherido más que a sí mismo, es tan Uno, que al adherirse las Personas entre sí, lo están a su misma realidad y a sí mismas, pero con maneras distintas de adhesión. Y así es la vida trinitaria la Virginidad eterna, a pesar de ser la Virginidad trascendente el apartamiento total de todo lo que no sea Dios mismo en sí, por sí y para sí.

La verdadera virginidad es la del Sumo Bien, que, por serse Él la Santidad eterna, no puede adherirse más que a sí mismo; Virginidad trascendente a la cual el alma tiene que tender por estar creada para participar en adhesión de la Infinita Virginidad rompiendo en fecundidad.

¡Oh Virginidad trascendente...! ¡Qué necesidad de profundizar en tu hondo misterio y contemplar la fecundidad infinita que en ti misma encierras...!

Dios, el Ser infinitamente espiritual, el Intocable, la Santidad infinita, se es la Virginidad increada en tal plenitud, que el fruto de esa virginidad eterna del Padre es el Verbo, en el cual y por el cual fueron hechas todas las cosas.

Virginidad divina, eres fuente que mana a borbotones en manantiales infinitos de caridad eterna. Húndeme en el saboreo profundo de tu misterio, para que, en silencio, paladee ese néctar divino que en ti se encierra, para hacerme tan virgen, tan adherida a sólo Dios, ¡tanto, tanto!, que me abisme en la entraña virgínea y eterna del Engendrador, donde la eterna Virginidad tiene su principio, manantial y fecundidad, y así, viva en el ocultamiento velado de la vida divina.

¡Dame a beber de los raudales de tu riqueza infinita, oh Virginidad desconocida, para que yo, escogida por el Espíritu Santo para ser sólo de Dios, sepa cantar las riquezas que en ti ha descubierto mi alma enamorada del Esposo divino, siendo para Él toda virgen. “Como azucena entre cardos así es mi amada entre las doncellas”, tras la cual, atraídas las demás almas “al olor de sus perfumes”, corren a embriagarse con el mosto divino que exhalan sus aromas “más suaves que el vino”.

Esposo de las vírgenes, “el que se recrea entre azucenas, ¿dónde pastoreas al mediodía”, para entrar en tu jardín, allí donde Tú, y apercibir la generación eterna?

¡Oh Virginidad increada, que tienes tu principio en aquel engendrar divino de santidad intocable...! Que venga el alma virgen sedienta, todo el que quiera saciarse con la santidad de Dios. Sí, que venga el que quiera virginizarse y beba aquí en la boca de la fuente donde se es

la Virginidad eterna en su comunicación trinitaria, en el secreto silencioso de su eterna fecundidad.

La Virginidad trascendente es la innecesariadad de todo lo que no es Dios mismo —el Ser en su fecundidad divina— que, por exuberante y perfecto, tiene que romper en fecundidad.

Dios se es la Fecundidad eterna, Fecundidad que en Dios se es su misma Virginidad. El fruto máximo de la fecundidad tiene su raíz en la virginidad.

Y así vemos que la Virginidad eterna engendra un Hijo que es toda su virginidad en filiación amorosa.

El Padre engendra un Hijo que es toda su virginidad en filiación amorosa.

El Padre engendra una Palabra que es todo su ser en Virginidad Explicativa, siendo el Espíritu Santo el Amor de la Paternidad Explicativa, que por perfección de virginidad, en un abrazo amoroso, es otra persona; teniendo los Tres una sola virginidad en perfección personal.

La Virginidad eterna es la infinitud exuberante que, por su perfección perfecta, fecunda y suficiente, conocida por el Padre, rompe en fecundidad; y así Éste engendra como fruto de su conocimiento amoroso o sabiduría infinita. Por lo que el Verbo es la Sabiduría del Padre en

Expresión; siendo esta Sabiduría el Padre, y Sabiduría Sabida el Verbo, en un amor tan sapiencial, que de ambos surge la tercera Persona de la infinita Trinidad en Sabiduría Amorosa personal, estando las tres divinas Personas adheridas en virginidad eterna entre sí.

No hay fecundidad como la divina, ni hay virginidad como la del Eterno, siendo Dios *el Virgen* que, en fecundidad divina, engendra, y siendo el engendrar divino una corriente infinita de eterna virginidad. ¡Oh, qué feliz es Dios, qué fecundo y qué virgen...!

El alma de Cristo, creada para unirse hipostáticamente en la persona del Verbo con la naturaleza divina, es la lira finísima que recopila en sí todas las perfecciones infinitas que, en su simplicísima perfección, se es Dios en su Trinidad Una.

Predestinada desde toda la eternidad para ser el alma del Verbo Encarnado, le fue dada la capacidad única de atrapar y atraer a sí a la Divinidad para unirse hipostáticamente a ella en la Persona del Verbo.

Fue tan grande su perfección, que, al crearla Dios, le dio tal capacidad y la hizo tan virgen, que sólo pudo ser el alma del Verbo Encarnado; ya que por su creación exigía —no porque criatura alguna pudiera exigir nada a Dios, sino

porque pedía sobre sí el cumplimiento del plan divino— la unión hipostática para la que había sido creada.

A María la hizo Dios tan Virgen-Madre, que solamente pudo ser Madre del mismo Dios; ya que fue tan excelsa la virginidad que Dios, al predestinarla desde toda la eternidad, derramó sobre Ella, que tuvo que romper en Maternidad Divina, dando como fruto al Verbo Encarnado del Padre. Su capacidad maternal, a imagen de la paternidad divina, sólo un fruto pudo dar también, y es al Verbo divino.

Dios se hizo una Madre que, a imagen de su paternidad, exigiera ser Madre del mismo Dios, y Dios se hizo una Virgen tan virgen, que, a imagen de su Virginidad eterna, pidiera una fecundidad tal, que tuviera que romper en Maternidad Divina.

Virginidad trascendente, eres la margarita preciosa por la cual el mercader vende todo cuanto posee por comprarla.

¡Oh virginidad, virginidad...! Cuando Dios quiso hacerse una Madre, la creó para ser fecunda; tan fecunda, que de su seno brotara el mismo Dios Encarnado, siendo esta fecundidad de María la fecundidad máxima que ninguna criatura tuvo jamás ni tendrá en el cielo ni en la tierra. La fecundidad de María se llama Maternidad divina,

que, subiendo al mismo pecho del Altísimo, trajo a sí al Verbo de la Vida, el cual se encarnó en su seno.

Dime, maternidad de María, ¿qué te hizo tan fecunda? ¿Qué riquezas tiene tu seno para que el mismo Dios en él se encarnara?

¡Oh Virginitad trascendental!, eres el secreto de la maternidad de María, pues yo sé, por una gracia del Espíritu Santo, que la fecundidad espiritual tiene su raíz en la virginitad. Y lo sé porque, metida en el seno de la Trinidad, he sorprendido al Eterno dando a luz, como fruto de su virginitad increada, al Verbo infinito, viendo surgir de esta virginitad paterno-filial el Beso de amor coeterno que, en virginitad santa, se da la Familia Divina en el ocultamiento velado, recóndito y misterioso de su vida eterna.

La virginitad perfecta es la posesión total de la perfección infinita, y Dios se es la Perfección eterna y el Poseído infinitamente por sí mismo, en un apartamiento total de todo lo que no es Él, ya que Él es lo que es, en sí, por sí y para sí.

La máxima fecundidad en virginitad infinita es Dios. Y después de Él y del alma del Verbo Encarnado, María, que llegó a tanto su virginitad, ¡a tanto!, y la hizo tan fecunda, que la misma Virginitad increada, fecundizándola, en Ella se encarnó.

Hay un misterio tan grande en esto que estoy diciendo que, por más que lo procuro, no puedo

darle forma. Sólo sabré decir que María fue creada para Madre de Dios, y que la prerrogativa más importante de la Virgen es su Maternidad divina, por la cual y mediante la cual le han sido concedidas todas las demás gracias. Pero también sé que fue necesario que María fuese Virgen para ser Madre de Dios; ya que, en el orden divino, la fecundidad necesita de la virginidad para dar el fruto que la infinita Santidad exige.

María fue creada para ser Madre de Dios. Como consecuencia indispensable, Dios se la creó Virgen, porque si así no hubiera sido, su seno no hubiera sido capaz de tener la fecundidad excelsa de ser Madre de Dios; ya que, a mayor virginidad corresponde una mayor fecundidad en el orden divino, como hemos visto anteriormente en el principio eterno de la Familia Divina.

Y así vemos a María, a imagen del Padre, dando a luz a un solo Hijo como fruto de su casi infinita fecundidad. Y este fruto fue tal, que, en los dos, es el Verbo divino; en Dios, como Unigénito del Padre, y en María, como ese mismo Unigénito Encarnado.

Al crear Dios a María para Madre del Verbo, le dio una virginidad tal, la hizo tan Virgen, ¡tanto!, que tuvo que romper en Maternidad divina; ya que la creó para Madre de su Verbo, y se plasmó en Ella con todos aquellos matices que su paternidad divina tiene al engendrar al Verbo, siendo así el fruto de la maternidad virginal de María el mismo Verbo Encarnado.

María es Madre de Dios por ser Virgen, por haberle dado Dios a participar de la virginidad eterna que a Él le hace romper en fecundidad divina.

¡No hay fecundidad como la de María, porque no hay virginidad como la suya, ya que, a más grande virginidad, más profunda fecundidad!

¡Oh Virginidad trascendente, que te balbuceo y te profano...!; ¡que quisiera explicar tu misterio, y, tal vez, a quien lea estas páginas, por mi ruda expresión, le confunda...!

Dios, en su engendrar misterioso y divino, está cubierto, envuelto y oculto por el velo de su virginidad eterna. Y allí, en lo recóndito de Dios, en su profundidad silenciosa; entrando dentro de aquel *Sancta Sanctorum*, introducidos por Él donde Él, siéndonos levantado el velo de su virginidad eterna, podemos sorprender aquel eterno Engendrar que, en Palabra de fuego, rompe en el ocultamiento velado de su serse Familia mi Trinidad santa.

También el gran misterio de la Encarnación tuvo que ser envuelto y cubierto por el velo de la virginidad; tampoco podía el alma introducirse en aquel *Sancta Sanctorum* de la unión hipostática. Y, así como Dios en sí mismo está envuelto y cubierto, en su santidad intocable, por el velo de su virginidad eterna, en el ocultamiento velado

de su vida divina, siendo la virginidad en Dios un atributo, así María es como el atributo de la virginidad que cubre en la tierra el gran misterio de la Encarnación. Es María el velo que oculta el *Sancta Sanctorum* del gran misterio de la unión hipostática; es la Virgen la que envuelve este misterio de sorpresa indecible; es Ella la que nos puede introducir a contemplar el gran misterio que en su seno se obra; y es por Ella por donde entraremos a Dios haciéndose Hombre.

Un manto de virginidad envuelve el gran misterio de la Familia Divina, y un manto de virginidad cubre, en la tierra, el gran misterio de la Encarnación.

María es tan virgen, que es como el atributo que cubre el misterio terrible de la unión hipostática; y de tal forma es Ella sede de la Virginidad eterna, que, en sus entrañas, Dios se hace Hombre y el Hombre se hace Dios.

¡Oh Virginidad, que encierras en tu misterio al Verbo divino en su principio sin principio y en el misterio terrible de la Encarnación...!

¡Oh María, virginidad plena, que, rompiendo en fecundidad, concibes al mismo Verbo de la Vida Encarnado, que te hace ser, por tu maternidad virginal, Madre de todas las almas...! Por ser Virgen, encierras en tu seno al Dios hecho Hombre; y por ser Virgen, eres Madre de la Iglesia y Madre universal.

Dios te hizo su Madre para que fueras su descanso y el medio por el cual viniera a los

hombres. Pero, como fruto indispensable de esta maternidad, te hizo Virgen, de forma que si no hubieras sido Virgen, no hubieras podido ser Madre de Dios, porque el Verbo divino Encarnado sólo de la virginidad podía ser fruto, ya que el fruto máximo de la fecundidad está en la virginidad. Y la razón es que Dios, que es la Virginidad por esencia, se es la Fecundidad infinita, y cuando creó a María para ser Madre suya, la tuvo que hacer a imagen de Él mismo: Virginidad fecunda que sólo tiene un fruto: el Verbo.

¡Oh Virginidad, que robas el corazón de las almas más puras; que tienes tu raíz en el mismo pecho del Altísimo; que eres tan fecunda, que el mismo Dios para engendrar y la Virgen para ser Madre, lo fueron en ti, obrándose por ti estos misterios ocultos a los ojos carnales, los cuales, por no penetrarte, a veces, en su desatino y locura, llegan a creerte estéril...!

Déjame que te cante un *Magnificat* de gloria, ya que atraída al olor de tus perfumes, corriendo tras de ti, “pues son tus ungüentos más suaves que el vino”, me introduje en el festín divino del Esposo de las vírgenes.

Robada por tu riqueza y hermosura, renuncié a la fecundidad humana, porque presentí en ti un gran misterio que, sin comprenderlo, me sabía

a vida eterna; a pesar de que, al consagrarme a ti, habría de renunciar a esa como ley general que todos tenemos de ser fecundos, de dar vida.

Y hoy, cuando Tú has envuelto todo mi ser, cuando me siento penetrada de tus aromas, cuando soy totalmente feliz, ungida y poseída por ti, tengo que cantarte, oh Virginidad querida, un himno de gloria, porque por ti, a imitación de mi Dios y de María, mi fecundidad se ha extendido tanto, que me siento, veo y experimento madre universal de todas las almas.

¡Que venga a beber en esta Fuente de virginidad todo aquel que sienta necesidad como infinita de ser fecundo!

Alma que me escuchas, tú que necesitas dar vida y tener descendencia, si quieres, si te sientes llamada, si hay en ti nostalgia del Infinito, renuncia a esa paternidad o maternidad humana que te dará unos hijos que puedas contar con los dedos de la mano, y abraza este estado de virginidad que fecundizará tu paternidad o maternidad espiritual tanto, que “tu descendencia será como las arenas del mar y las estrellas del cielo”.

Tú que dices que necesitas formar un hogar para estar rodeado de hijos y así poderle dar gloria a Dios mediante esa misma fecundidad, necesito que sepas que hay una fecundidad por encima de ésta que tu mirada humana descubre, y que tiene su principio en la misma fecundidad infinita de la Virginidad eterna. Y si buscas algo más asequible y más conforme a ti, ¿qué criatura, por

fecunda que sea, tuvo una descendencia y una fecundidad como la de la Virgen Inmaculada?

Esta palabra, 'virginidad', encierra un misterio de fecundidad como infinita. Fíjate si es fecunda la virginidad, que, incluso entre las almas consagradas a Dios, la más fecunda es la más virgen; no la que más predique, ni a la que más se la vea, sino aquella que, haciéndose una cosa con la Virginidad increada, se haga tan virgen, ¡tanto, tanto, tanto!, que arranque de esa misma Virginidad el regalo que el Esposo divino hace a los suyos: ser padres y madres de las almas.

Aquel que participe más de la Virginidad divina, será más fecundo. Pues el virgen tiene su máxima fecundidad en el vacío de todo lo de acá y llenura de sólo Dios, ya que la misma virginidad tiene su principio, raíz y profundidad en esa Virginidad divina que, a mayor virginidad, concede mayor fecundidad.

En la medida que vivas de sólo Dios, podrás dar vida, y así, tu descendencia se extenderá de generación en generación, llegando tu fecundidad espiritual a tener su descanso en la Eternidad.

Alma que me escuchas, tal vez sacerdote o esposa de Cristo, consagrado o consagrada a Él, ¿quieres saber en qué medida eres padre o madre de las almas? La virginidad que poseas será la medida de tu fecundidad; y la virginidad perfecta es un grito de: ¡Sólo Dios!, que te marca el camino a seguir para ser fecundo y dar así vida a las almas.

¡Virginidad, virginidad...!, las almas, por no

conocerme, te creen infecunda, no sabiendo que es, en ti y por ti, toda fecundidad.

¡Oh virginidad, deja que, aun sin poderte expresar y sabiéndome a profanación lo que de ti he dicho, en este día mi alma te cante un himno de gloria, un *Magnificat* de todo mi ser que necesita manifestar el amor que por ti siente y el agradecimiento que te tiene!

“Mi alma engrandece al Señor”, porque el Esposo de las vírgenes puso en mí su mirada, para desposarme con su Infinita Virginidad; “y mi espíritu salta de gozo en Dios mi salvador”, porque el Esposo divino me ha hecho su virgen, tan fecunda, que mi maternidad se extiende a todas las almas.

Yo necesito ser virgen, sabiendo que, en la medida que lo sea, me haré una cosa con Dios y, a imitación de María, se obrará en mí como una encarnación del Verbo. Y así, siendo templo vivo de Dios y morada del Altísimo, daré a Dios a todas las almas, y mi alma dará vida divina al mundo; ya que mi virginidad, haciéndome esposa de la adorable Trinidad en su Virginidad eterna, me pide que, siendo por participación esa misma Trinidad, desde mi seno y en mi seno, en el mismo seno de Dios que en mí habita, dé a Jesús a las almas y lleve el fruto de mi fecundidad al mismo Dios.

¡Oh Amor...!, que necesito ser fecunda y darte “descendencia como las arenas del mar y las estrellas del cielo”; y esto lo conseguiré por mi virginidad y en la medida que de ella viva.

Necesito darle vida divina al fruto de mi maternidad. Por eso, en la medida que me aparte de todo lo que no es Dios y viva hacia dentro, me profundizaré hondo en el abismo de su misterio, y, participando de su virginidad, me iré haciendo conforme a Él y podré dar vida a las almas.

¡Hijos, venid a la mesa...! “El que tenga sed, que venga y beba”, y el que tenga hambre, que venga y coma, que mi alma os dará “el pan vivo” y “el agua que salta hasta la vida eterna”.

¡Hijos, venid a la mesa y “embriagaos, carísimos”, en el festín divino de la Virginidad eterna, de la Felicidad infinita, de la Eterna Fecundidad...!

Venid, sí, todas mis almas queridas, venid a beber. Venid “a mi jardín, a coger de mi mirra y de mi bálsamo, a comer de la miel virgen del panal, a beber de mi vino y de mi leche. Venid, amigos míos, bebed y embriagaos” conmigo, porque “la bandera que el Esposo de las vírgenes alzó contra mí es bandera de amor”, y por eso mi alma, corriendo tras Él, cantará las glorias eternas de su amor infinito.

¡Oh virginidad, virginidad, que mientras más te digo, más te profano...! Porque ¿cómo podrá lengua humana cantar tus excelencias infinitas?

En el silencio, ahondada bajo el abismo de

mi miseria, el Amor me hizo tan virgen, que me hundió en su misterio.

¡Oh qué alegría tan honda, que, en adhesión celestial, yo viviré de tu vida, eterna Virginidad...!

¡Oh Virginidad divina...! Al fin, mi Amor, me abrirás el velo que a ti te cubre en tu virgíneo engendrar. Y allí yo sabré de amores, de eterna virginidad, de resplandores divinos en su secreto eternal.

¡Al fin se descorrerá el velo que me cubre la Deidad en su eterno contemplarse y en su virgíneo engendrar!

En resplandores divinos, por el Padre rompe el Verbo en un virgíneo Cantar, Cantar de amores divinos, de silencio divinal, en secreto tan sabroso y en tan fuerte caridad, que en el hondón hondo, hondo, de aquel secreto engendrar, de tanto serse Dios *Virgen*, el Padre y el Hijo rompen en un amor divinal, tan sublime y misterioso, que es el Amor personal.